

BIBLIOTECA

dup

Los Grandes Pelms

La Novela Semanal Cinematográfica



**JUSTICIA
GITANA**

Por
Dorothy Dalton
Charles de Roche
etc.

50 cts.

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

DIRECCION: FRANCISCO MARTO BUSTAMANTE

Gran Via Layetana, 12 - BARCELONA - Teléfono 4423 A

JUSTICIA GITANA

BELLÍSIMA PRODUCCIÓN

Insuperablemente interpretada por la
bella artista DOROTHY DALTON,
el apuesto CHARLES DE ROCHE y
el gran actor THEODORE KOSLOFF

•
PARAMOUNT ESPECIAL
•

EXCLUSIVA DE
SELECCINE, S. A.

JUSTICIA GITANA

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Aquí y allá, diseminadas por los cuatro rincones del planeta, viven algunas razas para las cuales parece haberse detenido el tiempo: son y viven como vivieron y fueron sus antepasados y como serán y vivirán sus hijos. Un ejemplar de estas razas es una tribu tártara, de las márgenes del Danubio rumano, gobernada por sus tradicionales leyes y costumbres, tan antiguas como sus murallas.

SAHANDÉ, "EL CICLÓN"

La más bella entre las hermosas, y la más rebelde también, Sahandé, la de los ojos soñadores y alma brava, era cono-

*Prohibida la
reproducción
Revisado por
la censura*

cida en la tribu por el sobrenombre, alusivo a sus costumbres varoniles, de "El Ciclón".

Habilísima caballista, le daba ciento y raya al mejor jinete; y en el terreno puramente femenino, no tenía rival en atraerse las miradas de todos los mozos con afanes de boda.

Cuando alguien hablaba de la irresistible moza no se olvidaba de nombrar también a su caballo, su mejor compañero, que la conocía tan a fondo, que no podría hacerle jamás la menor traición.

Debido a su carácter independiente y sus peregrinas cualidades de mujer, Sahande se había granjeado las simpatías de unos y la envidia de los demás.

Pero nada podía influir en el temperamento fogoso de la hermosa, que no habiendo reproches en su conciencia, clara y blanda como el agua de un arroyuelo en el monte, nada tenía que temer ni lamentar...

Osman, el padre de Sahande, se codeaba



La más bella entre las hermanas, y la más rebelde también, Sahande...

en otros tiempos con los hombres más ricos de la tribu; pero la mala suerte se había cebado en él, y llegó a ver aduicados sus rebaños y extremadamente reducida su fortuna.

En los momentos de apuros de Osman, Ali Mechmet, el platero, le había prestado su oro; pero acababa de llegar el momento de saldar cuentas.

Osman, en los umbrales de la ruina, dirigió un ruego a su acreedor:

—Mi hija está enamorada, como sabes, de su caballo, Ali... Supongo que no se lo quitarás.

—¿Su caballo? ¡El mio, querrás decir!—contestó el interesado prestamista, acariciando su barba de judío, que lo hacía más repulsivo.

—No, Ali... No le quites su caballo a Sahandé.

—Aquí está escrito que todo lo tuyo y lo de mis hijos está hipotecado a mi favor en garantía de tu deuda. ¿Es cierto, o no?

—Todo es tuyo, si... Sin embargo...

Ali miró breves segundos a Osman, y venciendo sus últimas dudas respecto al resultado que iba a tener una idea que bullía en su cerebro desde tiempo, le dijo:

—Osman, tú has sido amigo mío, y estoy dispuesto a quemar este pergamino, por el que renuncias a mi favor a todos tus bienes...

—¡Oh, gracias, Ali!

—... si me das a tu hija en matrimonio.

Los ojos del usurero no se atrevían a mirar a Osman. Se consideraba culpable de una falta de suma gravedad, toda vez que no era precisamente timidez lo que le impedía levantar su vista hasta la de su amigo de antaño.

Osman había creído, por un momento, que su salvación era un hecho gracias al milagro de la amistad que, al igual que a otros ricos de la tribu, le uniera, en años pretéritos, a Ali. Indudablemente, éste le daría un nuevo plazo para pagar sus deudas, permitiéndole rehacerse de continuas calamidades.

Pero al tener la evidencia de los inicuos propósitos del viejo miserable, salió en defensa de Sahande y en su propia defensa:

—¿Qué dices, viejo cínico y atrevido? ¿Casarte con mi hija! ¿No ves que eres más viejo que yo, que soy su padre?

Se disputaron, y al separarse, Ali, lleno de coraje, pensaba en la venganza que tomaría por el desdén recibido.

Osman alejóse de la tienda de su falso amigo, y a poco llegó cerca de la misma, Sahande, la doncella por la que sentía un amor tardío el "barba de chivo", como algunos llamaban al platero Ali.

También llegó otra persona, al ver a la cual las jóvenes casaderas se le acercaron, deseando todas serle agradables y ambicionando cada una ser la preferida... Se trataba de Yancú, trovador, bardo y jefe de todos los jóvenes en asuntos guerreros.

Las solteras tuvieron que renunciar pronto a merecer las miradas de Yancú, pues éste acababa de ver a Sahande entrar

en la tienda de Ali, y se disponía a indicarle su presencia tocando la *cobza* de tres cuerdas, para lo cual no había en la tribu otro más diestro que él.

Lamentáronse las mozas del poder que tenía sobre los jóvenes la hermosa Sahande, y ésta, en tanto, ajena a la desagradable escena a que había dado lugar con su padre la torpe pretensión del platero, hablaba con él, que le mostraba sus más valiosas joyas.

Contemplando un collar, Sahande dió un suspiro. ¡Oh, si ella pudiera lucirlo en su garganta!

Ali, esperanzado aun, creyó que, como a otras mujeres, podría deslumbrar a la que él deseaba con pasión senil, con sus tesoros; y ofreciéndole la joya, le dijo, mirándola con ojos lascivos:

—¿Te gustaría ponértelo, paloma?

Una de las rugosas y sucias manos del viejo pretendía acariciar el rostro purísimo de la doncella; y Sahande, comprendiendo la intención que ocultaba la pre-

gunta, rechazóle y le pegó duro en su flaca cara.

Alí, ciego de ira, creyó prudente disimular su despecho, pues la escena había



...hablaba con él, que le mostraba sus más valiosas joyas.

tenido varios testigos; pero sabría corresponder al agravio.

Uno de los que presenciaron la lección recibida por el usurero, comentó con otros:

—Ali no se lo perdonará nunca. Osman

será quien pague el orgullo de Sahande.

Yancú se reía no lejos de donde salía Sahande, y para que ella se le reuniese, tocó la *cobza* para acompañar la canción que le dedicaba.

Sahande estuvo presto a su lado, y Ali, al oír al trovador, tapóse los oídos, más por envidia que por otra cosa; y dijo:

—¡Alá se lo lleve! ¡Canta como un gato que tuviera una espina en el gaznate!

¡Pobre estúpido! El que tenía una espina atravesada en su alma de perro malo, era él.

LA VENGANZA DE ALI

El usurero despreciado acudió al Consejo de los Ancianos para humillar a la soberbia Sahande; y a la mañana siguiente, a la hora de la tercera plegaria, Osman fué citado en la mezquita para que declarase ante el Consejo.

Entretanto, Sahande estaba muy lejos de sospechar los proyectos y estratagemas del viejo Ali.

Con ella estaba Yancú, hablándole de su amor, cada día más firme, más anhelante de realidad...

—Sahande—le decía el mozo—, mi baño es pequeño, pero ya crecerá... Y cuando haya crecido, podremos pagar la deuda de tu padre y casarnos.

Ella le escuchaba con ilusión... El propósito de Yancú de saldar las cuentas de su infortunado padre agradábale en extremo, toda vez que era una prueba de lo mucho que él la quería.

Por su voluntad, Sahande no hubiera esperado a que nuevos acontecimientos cambiasen la faz de la situación pecuniaria de Yancú; pero consideraba que, en vista de la ruina de su casa, no debía abandonar a su padre. Ya que Yancú la quería tanto, ella sería para él el estímulo que necesitaba para prosperar y ofrecerle la dicha que para ella ansiaba y la cual se exten-

dería hasta el arruinado, librándole, con sus medios, de apuros.

En la mezquita, contrastando con lo que hablaban los enamorados, el que actuaba de Juez preguntaba a Osman:

—¿Tienes suficiente ganado o bastantes tpicos para pagar tu deuda?

Osman contestó negativamente. No tenía nada. Todo lo que le pertenecía estaba hipotecado a favor de su acreedor.

El Juez, en vista de ello, falló en justicia:

—Pues, entonces, Ali tiene razón... Tendremos que despojarte de tu turbante y ofrecerte en venta pública, como un esclavo, para ver si hay alguno que quiera pagar tu deuda con tu importe.

Ali sonreía ante su triunfo, no ablandándosele el corazón viendo a su antiguo amigo descendido a la categoría de carne vendible.

Osman, apresado en las tupidas redes de la adversidad, soportaba el ultraje con el alma destrozada.

El no era un delincuente y, sin embargo, no podía mirar a la cara a los que se arremolinaban alrededor del entarimado en que, en el exterior de la mezquita, iba a procederse a su venta. Hubiera querido desaparecer antes que verse humillado de tan cruel manera.

¿Habría un alma buena que se apiadara de él y le comprase para salvarle de las garras de Alí, sin exigirle, en pago de su importe, más que la promesa de liquidar la deuda a medida de sus posibilidades?

En aquellos momentos apareció con rumbo a la tribu un extraño cuyos ojos habían contemplado remotos países, montado en un brioso caballo ricamente enjaezado.

Yancú y Sahande le vieron, y dijo el primero, examinándole, desde lejos, con sorpresa, pues el desconocido era un gran mozo y tenía aire de dominador:

— Con esos vagabundos por estos alrededores, ni nuestros gallineros están seguros.

Sahande asintió, pero, a pesar de todo,

el intruso no le inspiraba la desconfianza que se experimenta instintivamente delante de un sujeto con trazas de peligroso...

Como el soberbio jinete siguió adelante, hacia el corazón de la tribu, Yancú y Sahande también lo hicieron.

Al llegar cerca de las murallas, los enamorados vieron a la muchedumbre rodeando a la justicia y a un hombre obligado a permanecer en pie en el entarimado, y como ignoraban y estaban lejos de suponer lo que ocurría, se apresuraron a llegar al patio de la mezquita.

Sahande comprendió en seguida lo que iban a hacer con su padre, y abriéndose paso entre la gente, se arrojó en los brazos del infeliz anciano, del que la separaron a la fuerza.

El Juez, dirigiéndose a Osman, le dijo:

— Recuerda que, una vez vendido, te está prohibido acortar tu vida o hacer cualquier cosa que perjudique tu salud.

El arruinado inclinó más todavía su cabeza sobre su fatigado pecho.

Ali, en su sed de venganza, apremió a la justicia para que se procediera sin más dilación a la venta del "saco de huesos" que tenía delante.

Sahande sufría horrorosamente ante el callado suplicio de su pobre padre, y su espíritu buscaba un remedio para salvar al anciano, que moriría de dolor y vergüenza si fuese vendido.

Nada, absolutamente nada se le ocurría a la atribulada hija.

Por su parte, Yancú tampoco veía cómo podría libertar a su futuro suegro de las garras feroces de su verdugo.

Y he aquí que el desconocido que vieran Yancú y Sahande por las cercanías de la tribu, presentóse allí, majestuoso en su montura.

Todas las miradas convergieron en el jinete misterioso, que se mantuvo guapamente en su silla, como rey y señor de aquellas gentes.

Con el desconocido, y siguiéndole, llegó un perro.

Al ver al animal, que parecía escoltar al intruso, un tártaro, que aborrecía a los perros, trató de alejarlo a patadas, rugiendo con todo el furor de que es capaz un musulmán:

— ¡Si tuviese a mano una estaca, te rompería los sesos, animal inmundó!

El desconocido miró al que de tal modo trataba al inocente can, y para impedirle que le hiciera daño, le detuvo con un gesto, que fué una orden.

Sahande se acogía al propio tiempo a una idea salvadora. ¡Sí! Ella evitaría el sacrificio de su padre. Ella procuraría que los últimos años de su querido anciano no fuesen dolorosos, sino dignos de lo mucho que él había hecho por sus hijos.

Y ante el general asombro, Sahande suspendió la proyectada subasta; y dijo:

— Me ofrezco en matrimonio al hombre que se comprometa a pagar a Ali Mechmet la deuda de mi padre.

Yancú, que no esperaba tan cosa, precipitóse a contestar:

—Mi caballo, mis ovejas y cincuenta piezas de oro. ¡Todo lo que poseo! Y yo mismo me ofrezco en hipoteca hasta que pueda pagar lo que falte.

Osman abrió sus brazos para acoger en ellos a su hija. No quería que se sacrificase por él. Pero Sahande no renunció a su determinación.

Allí no podía sospechar que Sahande se portase de tan brillante manera por salvar a su padre, y presentándosele la ocasión de vengarse más y mejor, miró a Yancú con desprecio, y preguntóle:

—¿Cómo vas a mantenerla tú? ¿Te figuras que una mujer puede vivir del aire? ¿O piensas mantenerla con tus graznidos?

Yancú se contuvo por prudencia, y prosiguió Allí, justificando sus palabras al trovador:

—Estoy dispuesto a pagarme a mí mismo toda la deuda de Osman a cambio de su hija... ¡Son cuatrocientas piezas de oro!

Los propósitos del viejo usurero eran precisamente entrar en posesión, más

tarde o más temprano, de Sahande, pues quedándose con Osman como esclavo, la hija, por piedad hacia su padre, hubiese accedido al fin a sus pretensiones amorosas.

Con gesto nervioso cogió a Sahande, después de ofrecer por ella el importe de la deuda de Osman, temeroso de que se la quitasen o de que ella misma se retractase.

Sahande cerró los ojos para no ver al repugnante y maldito avaro y Yancú se desesperaba, al igual que el infeliz Osman, impotente de hacer nada en favor de su hija, puesto que ella insistía en sacrificarse.

El Juez apartó a la hermosa Sahande del usurero, y colocándola en el centro del entarimado, dijo a aquél:

—¡Es la ley! ¡Hay que vendérsela a quien más dé por ella, y lo que sobre de tu crédito, hay que entregárselo a Osman!

Allí temblaba de deseo y de rabia. Por cuatrocientas piezas de oro, y por mucho menos también, hubiera comprado al padre, pero para convertirse en dueño, en

oposición con otros interesados, de Sahande, el importe era inseguro...

Un mozo tímido y soñador, prendado de los encantos de Sahande, rogó a su padre, que estaba a su lado:

—Padre, cómpramela.

El buen hombre no se hizo de rogar y puso precio a la preciosa criatura... pero para él.

—¡Quinientas piezas de oro!—dijo.

Alí palideció. ¿Se le iba a escapar la codiciada mujer?

¡No! Nadie lo lograría.

—¡Quinientas una!—exclamó.

¿Nadie daba más?

Por un momento creyó Sahande que iba a caer en manos del más villano entre los villanos, y temía desfallecer.

Pero una voz, suave y enérgica a la vez, dijo:

—¡Seiscientas!

Alí, Osman, Yancú y la propia Sahande miraron al que había hecho la notable subida. La muchedumbre también buscó

con sus sorprendidos ojos al rico o generoso.

¿Quién era?

Acababa de llegar a la tribu y ya le conocían todos: el intruso.

Sahande no pudo reprimir un gesto de alivio. ¿Acaso escapar de Alí no era una increíble ventura?

Pero el usurero, odiando al rival poderoso, quiso disputársela:

—¡Seiscientas una!—gritó nerviosamente.

El intruso, sin inmutarse, elevó la oferta:

—¡Setecientas piezas de oro!

Alí, pálido como un muerto, dióse por vencido. ¡Setecientas piezas de oro! ¡Qué locura!

—Llévatela, hobo, ¡No hay en el mundo una mujer que valga tanto!—le gruñó a su rival.

El intruso acercóse lentamente a Sahande, y cuando le tuvo a su lado, ella le preguntó:

—¿Quién eres tú?

El desconocido inclinóse respetuosamente, aumentando con su galantería los celos de Yancú, y repuso:

—Me llamo Costa. Mi tribu está acampada a un día de camino de la vuestra.

Sahande se apartó bruscamente de él.

—¡Un gitano!— comentó con desdén.

Yancú amparó a su amada, retando a Costa.

—¡Sahande me quiere! ¡No te la llevarás!—le dijo.

El gitano, sin hacer caso de bravatas, reclamó a Sahande:

—¡Es mi novia! ¡Para ello he pagado mi dinero!

Sahande se negaba a entregarse. ¿Es que realmente Costa le era antipático? No lo sabría definir. Lo que le impedía a la orgullosa resignarse a ir con él, era el hecho de haber sido comprada por él, precisamente...

Yancú se sentía envalentonado por la presencia de los de su tribu y estaba dis-

puesto a disputarle su novia a su rival.

Costa no perdió su serenidad; y el Juez, acercándosele, le enteró de las costumbres de su raza:



—¡Sahande me quiere! ¡No te la llevarás!

—No podemos ampararte en tu derecho sino dentro de los límites de nuestro país. Pasada la frontera, Sahande será tuya, si puedes conservarla en tu poder.

El gitano invitó, pues, a Sahande a se-

guirle, dispuesto a quedársela y a luchar, cuando fuese preciso, con Yancú.

Obligada a cumplir la ley, la comprada doncella hubo de seguir a Costa, pero tenía la esperanza de que Yancú iría a libertarla, dispuesto a vencer o morir por su amor.

¡Oh! ¡Sí! ¡Sí! Yancú la recobraría vendiendo a Costa, su comprador, su dueño por un puñado de oro, al que odiaba porque había podido apoderarse de ella de tan fácil manera...

Y por la puerta de Suleimán, salió a caballo la altiva Sahañde, sin dignarse siquiera volver la cabeza hacia la tribu en que nació, fijo su pensamiento en que Yancú la haría regresar pronto con él...

LA BODA

Cuando hubieron cruzado la frontera, Sahañde dijo a Costa, con el que había cambiado muy pocas palabras:

—Ahora que hemos cruzado la fron-

tera, te aconsejo que me amarres si quieres conservarme.

El gitano se encogió de hombros y sonrió cariñosamente.

—Con las armas que llevas encima, supongo que no me tendrás miedo...—añadió Sahañde.

—Lo que no puedo conservar sin emplear mis armas, no lo quiero. La mujer que no quiera estar a mi lado por su propia voluntad, puede marcharse—repuso Costa.

Sahañde no se lo hizo repetir y puso su caballo al galope en dirección a su país.

Costa, cogido de sorpresa, vaciló unos instantes; pero reaccionando, echó a todo tren su montura sobre la fugitiva, alcanzándola al poco.

—Veo que eres una gata montés—le dijo sonriente.

Sahañde, forcejeando con él, gritó llena de odio:

—¡No me atarás!

—Sí, rebelde mía. Cuando un hombre paga por su novia lo que yo he pagado, no se resigna a perderla tan pronto.

Las energías de Sahande no consiguieron más que provocar la hilaridad de Costa, que la obligó a montar con él su brioso caballo, puesto que el de ella había emprendido loca carrera hacia la tribu que había abandonado.

Era ya de noche cuando el caballo de Sahande llegó sin jinete a dicha tribu.

Los que le vieron, advirtieron a Yancú.

—Ese caballo es un aviso que ella te envía—le dijeron.

El trovador crispó las manos de celos y de rabia. Celos porque otro se había llevado a Sahande; rabia porque ese otro era fuerte, poderoso... Pero debía hacer algo por su amada, y dijo a los que le rodeaban:

—Desde luego, iré a buscarla... No se dará ese gitano el gusto de quedarse con ella.

La tribu nómada de Costa había acampado en muchos fértiles valles, antes de que sus errantes correrías la llevaran a la región de la Drobuja.

El campamento estaba sabiamente ins-

talado y no faltaban en él detalles de buen gusto.

El regreso del jefe causó extraordinaria alegría a toda la tribu... excepto una mujer: Fanutza, que había acariciado la ilusión de que Costa la hiciera su reina.

—¿Acaso no hay entre nosotras ninguna mujer digna de él?—preguntó, sin poder disimular su enojo, a las mozas que estaban a su lado.

Meora, una anciana con la que todos los de la tribu consultaban sus dudas, oyó a Fanutza y contestó a sus palabras.

—¿No habéis tratado todas, sin conseguirlo—le dijo, dirigiéndose en general—, de conquistar el corazón de Costa?

Era cierto, pero la verdad es amarga...

El jefe avanzaba a pie, con Sahande, hacia su gente, y al hallarse en el centro de la tribu, presentó a la mujer que le acompañaba.

—¡Esta es mi novia y será vuestra reina! Nos casaremos esta misma tarde.

Esta noticia fué recibida con aclamación.

nes, ya que suponía grandes fiestas y no menos grandes banquetes.

Fanutza, desde luego, no podía consolarse...

Costa, en su pueril entusiasmo sintiendo cerca de sí a la hermosa novia, trató de



...trató de acariciarla, olvidándose del odio con que ella correspondía a su cariño.

acariciarla, olvidándose del odio con que ella correspondía a su cariño; y Sahande

se separó de él bruscamente, como si su contacto fuese peligroso como el fuego...

Decidido a no retrasar el momento de la unión con ella, Costa llamó a la anciana Meora, y le dijo entregándole a Sahande:

—No conoce nuestras costumbres... Prepárala para la boda.

La vieja obedeció, siguiéndola de buen grado Sahande a la tienda del jefe.

Fanutza, viendo alejarse a su rival, aproximóse a Costa, y ocultando sus celos con risas, preguntóle:

—¿No sientes frío, Costa? Tu novia parece de hielo.

Hasta Sahande llegó esa pregunta, y cayéndole en gracia, echóse a reír, como las demás mujeres que la seguían, a pocos pasos de la tienda.

Costa estaba verdaderamente enamorado de Sahande. Su risa, aunque burlesca, sonó en sus oídos como caricias.

Ya en la tienda, Sahande negábase a vestirse para la ceremonia. ¿Llegaría Yancú a tiempo de evitarla?

La anciana Meora se esforzaba por convencerla.

—¡No lograréis hacer de mí una gitana!—protestó la tártara.



...echóse a reír, como las demás mujeres que la seguían, a pocos pasos de la tienda.

—No debes desdeñar a Costa... Es el hombre más noble y más bueno del mundo, y tú serás su reina—contestóle la gitana anciana.

—¡Su reina! ¡Me ha comprado como quien compra una esclava!

Las mujeres que estaban con ella se asombraron, y dijo la vieja Meora:

—¡Cuánto debe amarte Costa cuando te ha comprado!... Mis padres dieron muchos caballos y muchas piezas de oro al hombre que se casó conmigo. Esta es nuestra costumbre.

Y desde aquel momento Sahande no pudo decir nada contra Costa que la vieja gitana no le criticase.

En tanto, en el campamento todos se preparaban alegremente para la boda de su jefe.

Costa, vestido para el acto, no podía creer en tanta felicidad como sentía. Él haría todo lo que pudiera para merecer la confianza y el amor de Sahande, su verdadero amor. Le parecía imposible que mujer tan suave, tan extraordinariamente bella, fuese para él.

Fanutza, por su lado, maldecía a su rival, no porque fuera una mujer mala, sino

porque los celos encendían en su pecho la hoguera del fracaso.

Poco después, Sahandé, acompañada de la anciana Meora, salió de la tienda del jefe, dispuesta para el rito a que estaba obligada.

Costa lo esperaba lleno de ilusión, y al hallarse ella a su lado, el del corazón, el más viejo de la tribu hizo sendos cortes en la muñeca izquierda de Costa y en la derecha de Sahandé, y al brotar sangre de las heridas, juntó ambas muñecas, atándolas fuertemente con un pañuelo blanco; diciendo en tan solemne momento:

— Así, vuestra sangre será una sola sangre.

Costa, emocionado, miraba a la que ya era su mujer.

Al terminar la ceremonia, procedióse a romper una olla, y la vieja Meora examinó los pedazos.

— Costa, temo mucho que sobrevengan desgracias y luchas — le dijo alarmada.

Sahandé pensó en Yancú. ¡Oh, sí! El

sería el que las provocaría en el campamento gitano.



Así, vuestra sangre será una sola sangre.

Pero el jefe replicó:

— No le temo a ningún hombre.

Y miraba a su mujer, a la única que había amado.

NOBLEZA

Hasta muy entrada la noche, los gitanos bailaron, cantaron y bebieron. Los "tío Chupito" eran legión.

Costa y Sahande se retiraron a la tienda, y en la misma, él, tratando de abrazarla, le dijo a ella:

—Ahora eres ya mi esposa.

Sahande le apartó de sí y contestóle con orgullo:

—¡Sí, porque pagaste setecientas piezas de oro por mí!

—No. Porque te amo—confesó el gitano.

Sahande le miró unos instantes. Sus palabras eran sinceras. Sin embargo...

—Pero yo quiero a otro...—repuso—. Además, cualquiera podía haberme comprado como me compraste tú.

Costa protestó con humildad.

—Verte y amarte, fué cosa de un momento, Sahande. Por eso te compré, ya que ese era un medio de demostrarte mi volun-



—Pero yo quiero a otro... Además, cualquiera podía haberme comprado como me compraste tú.

tad. No te quiero a la fuerza, sino por las buenas, ¿No me crees capaz de quererte, Sahande, si eres tan bella y eres también tan buena? Ven... ven a mis brazos, mi

vida... Te he estado esperando mucho tiempo...

—No... no... Déjame... Si es verdad que es mi amor lo que deseas, concédeme diez días para decidirme.

—¿Crees que para entonces habrá venido a buscarte Yancú, el trovador?

—Sí, tu lo has dicho; y cuando venga, tendrás ocasión de apreciar el valor de los hombres de Tartaria.

¿Qué iba a hacer Costa? ¡Sahande no le temía! Por sus palabras había comprendido que no dejaba de ser noble y que le permitiría esperar...

En efecto, el gitano, mostrándole el lecho que le destinaba, y el cual hasta entonces había sido el suyo, contestóle:

—Está bien. Esperaré diez días.

Y levantando un cortinaje, desapareció hacia otro aposento de la tienda.

Sahande, ante el respetuoso proceder del que era su marido, contempló unos momentos con melancolía, y al caer detrás de él el cortinaje que separaba una habita-



Sahande contempló unos momentos con melancolía...

ción de otra, desnudóse sin ningún recelo. Podía dormir tranquila. Costa era un hombre digno. El velaría su sueño desde el aposento inmediato.

Transcurrió lentamente la noche.

Costa no pudo conciliar el sueño, temeroso de que Sahande huyese, no convencida de lo mucho y honradamente que él la quería. Estuvo atento a todos sus movimientos, y con inefable ternura pensaba en lo feliz que sería si pudiera estrecharla en sus brazos.

Sahande tampoco durmió. Tenía muchas cosas en que pensar. Se complacía, además, en oír a Costa agitarse en su lecho buscando una posición que le hundiese en la blandicie del sueño... Yancú se le aparecía armado hasta los dientes para matar a Costa, y, simultáneamente, recordaba la escena de su matrimonio con el gitano. Luego se veía en la tienda con él, oyéndole hablar de su amor, y no sabía explicarse por qué le rechazó cuando él intentaba abrazarla, toda vez que hubiera deseado

que sus caricias no hubiesen terminado nunca...

Y llegó la nueva aurora...

A la salida del sol, los gitanos se dispusieron a poner en práctica una antigua costumbre de su tribu.

Costa les oyó y entró prestamente en el aposento de Sahande, quien, al verle, cubrióse con las ropas de la cama hasta el cuello, no comprendiendo su extraña conducta.

Era indudable que creía que Costa había cambiado de opinión, pues sentado en el borde del lecho en que ella reposaba, quitábase las polainas, cual si pretendiese acostarse...

Afortunadamente, Costa comprendió pronto los temores de su esposa; y justificó lo que hacía:

—Mis gentes invadirán ahora la tienda para despertarnos... Es una vieja costumbre de la tribu, y es preciso que no se enteren de nuestro convenio.

Sahande agradeció intinamente a su esposa esa nueva prueba de nobleza, y cuan-



... Es una vieja costumbre de la tribu, y es preciso que no se enteren de nuestro convenio.

do los gitanos hicieron irrupción en la tienda, supo fingir como él.

Durante los nueve días siguientes, Sahande escudriñó ansiosamente el horizonte; y al noveno vió, con alegría, allí en el fondo del camino, un jinete avanzando al galope hacia el campamento de los gitanos.

—¡Es Yancú! ¡Al fin cumple su promesa!—exclamó.

Convencida de que era Yancú el que llegaba, adelantóse a recibirle fuera del campamento.

El jinete detúvose al verla, y Sahande, desilusionada de repente, dijo al recién llegado:

—¿Por qué has venido tú, Durad, y no Yancú?

El tártaro le entregó la siguiente nota:

Dile a Durad, el portador, dónde me esperarás. Nos iremos por el Danubio. Cada minuto de ausencia es una hora de tormento.

Yancú

La lectura de esa nota disgustó a Sahande.

—¿Tan poco me quiere Yancú que no se decide a luchar, de hombre a hombre, por mi amor?—dijo a Durad.

El enviado prefirió callar, y ella le dijo:

—Ve y dile que, si me quiere, tiene que venir por mí tan aprisa como se lo consienta su caballo. Los gitanos se van mañana a la feria.

Durad saltó sobre su caballo y emprendió velozmente el regreso a la tribu tártara.

EL DECIMO DIA

A la mañana siguiente, cuando los tenderos abrían sus bazares, Durad llegó a la tribu tártara con la respuesta de Sahande.

Yancú le salió al encuentro, ávido de conocer los planes de su amada.

—¿La has visto, Durad?—preguntóle.

—Sí, y Sahande dice que, si la quieres, tienes que ir a luchar por ella con el gitano.

—Pero no le dijiste que...

—Le di tu nota y me contestó como ella suele hacerlo cuando se enoja.

—Está bien. Iré a buscarla, ya que así ella lo quiere...

—Tienes que darte prisa, pues Costa y su gente abandonarán hoy el campamento para ir a la feria.

—¡Ah! ¿De modo que hoy se marchan los gitanos...? Pues iré. Durad, y ya verás de lo que soy capaz. Tú también vendrás.

—¿Yo? ¿Para qué?

—¿No lo comprendes, necio? Aprovechándonos de la ausencia de los gitanos, podremos apoderarnos de lo que haya en el campamento.

—¡Caramba! ¡No se me habría ocurrido a mí esa idea genial!

—Pero para eso conviene que vayamos varios de nosotros; todos los que quieran. Voy a propalar mi intención.

Activamente Yancú reclutó voluntarios para su cobarde hazaña, y como en lo más profundo de los corazones tártaros se esconde siempre la afección al botín, pronto más de cincuenta hombres se hallaron dispuestos y armados para ayudar al trovador. ¡Los gitanos tenían mucho oro y muchas sedas! ¡Adelante, pues!

Osman, el padre de Sahande, que vivía en paz gracias al sacrificio de su hija, enteróse de que Yancú se proponía ir al campamento gitano, y no pudiendo creer que fuera a cometer una villanía, le dijo, sinceramente agradecido a Costa, pues gracias a él había sido librado de Ali, su miserable acreedor:

—Sahande se marchó con el gitano voluntariamente. Si la quieres, tienes que luchar por ella... Pero tú solo con Costa, de hombre a hombre: esa es nuestra ley.

Yancú ocultó sus verdaderas intenciones, y repuso a Osman:

—No tengas cuidado, que yo sabré entendérmelas con ese gitano fanfarrón.

Poco después los tártaros soltaron las riendas de sus caballos hacia el campamento gitano.

A la caída de la tarde, las gentes de Costa comenzaban a hacer sus preparativos de marcha, a fin de poder llegar a la feria al amanecer del día siguiente.

la puesta del sol no se cumple el décimo día.

—Esperaré, Sahande, que por el placer de besar tus labios sería yo capaz de esperar la muerte.

—¿De veras...?

—¡Sahande!

—Prudencia... prudencia... Hasta después de la puesta del sol.

Veloces como el viento, los tártaros avanzaban con Yancú a la cabeza.

Costa, esperando la puesta del sol, trenzaba un látigo.

Sahande escudriñaba desde la entrada del campamento el horizonte.

Fanutza, viendo al jefe, se le acercó de nuevo, pareciéndole consolarse de su derrota dando celos o humillando a Sahande.

—¿Para quién trenzas tu látigo tan cuidadosamente, amigo Costa? ¿Acaso un jefe gitano necesita del látigo para hacer que le obedezca su esposa?

Por toda respuesta, Costa acarició el

rostro de Fanutza, apiadándose de su pobre envidia.

Sahande vió el gesto del gitano, y aunque pareciera una paradoja, se enojó sobremanera, a pesar de que ardía en deseos de que Yancú apareciese en el fondo del bosque.

El tártaro no tardó en presentarse, en efecto. Se detuvo a corta distancia, sin que nadie le viese. Sus hombres se ocultaron; y al separarse de ellos, para alcanzar a Sahande, el trovador les dijo:

—Mi cuchillo os dará la señal.

Yancú se mostró desde lejos a Sahande, y ésta, radiante de alegría, se reunió con él.

—¿Has venido a pelear con él... por mí?—inquirió:

—Sí, Sahande: por ti, por tu amor, sin el que no puedo vivir.

—Costa lo presentía, y te espera.

—¿Aquí?

—¿Dónde había de ser?

A juzgar por su sorpresa, Yancú confiaba en la ausencia de Costa, suponiendo

que marcharía con su gente a la feria. Era indudable que el gitano le inspiraba serio temor.

Sahande parecía interrogarle con la mirada, y a fin de disimular su turbación, Yancú preguntóle dónde estaba Costa, para ir a desafiarle.

El gitano apareció, y al ver al trovador, dijo a Sahande:

—Me alegro, esposa mía, me alegro de que no hayas querido jamás a un cobarde.

Yancú había dado la señal a sus hombres escondidos en el bosque, y cuando Costa se aprestaba a defenderse noblemente, cayeron aquéllos sobre él como una avalancha.

Sahande retrocedió asustada, y gritó, temiendo que Costa fuese asesinado:

—¡Yancú! ¿A esto le llamas pelear de hombre a hombre?

Yancú no prestó atención a su protesta, y preguntóle:

—¿Qué quieres que haga con él?

—Que mandes desatarlo y que peles noblemente.

El trovador era un perfecto bandido. En aquellos momentos le interesaba más el botín que todo lo del mundo, y en vista de ello Sahande, huyéndole, le escupió en el rostro la palabra que se merecía:

—¡Cobarde!

Yancú quiso alcanzarla, mas Sahande, galopando desenfrenadamente en el primer caballo de que pudo apoderarse, huyó de allí.

Costa pagaría las consecuencias de la fuga de Sahande.

—La perdiste, tártaro—le había dicho el gitano a Yancú, celebrándolo en el alma.

—Oyeme, guapo... Tú mismo serás el medio de que he de valerme para que ella vuelva a mí—respondióle el trovador. Y añadió: Di a tu gente que, cuando me devuelvan a Sahande, les devolveré yo su jefe.

—Haz de mí lo que quieras, pero deja en paz a mi mujer, mi mujer; ¿oyes?

De un manotazo Yancú le cerró la boca, y mandándole custodiar por varios hombres, apoderóse de cuanto encontró en el campamento; emprendiendo el regreso a la tribu unas horas más tarde.

Al amanecer, los tártaros llegaban al abrigo de sus murallas.

El usurero que había querido para sí a Sahande, salió a recibir a los guerreros.

—Yancú—dijo a éste—, ¿cómo es que tus brazos están vacíos? ¿Dónde has dejado a tu paloma torcaz?

—Ya vendrá, Ali Mechmet—contestóle el trovador—. Por de pronto, aquí traigo algo que no es poco.

Le mostró a Costa.

El usurero, acariciándose la barbilla de chivo, miró despectivamente al gitano, odiándole porque por su causa había perdido a Sahande.

Los tártaros, reuniéndose con sus familiares, les repartían el botín robado a

los gitanos, y las sedas y el oro corrían de unas manos a otras con grandes muestras de júbilo.

Yancú, orgulloso de su triunfo, quiso que le aclamasen, y para desembarazarse de Costa y ponerlo en sitio seguro, ordenó que lo encerrasen en el minarete de la mezquita.

LA FUERZA DEL AMOR

Sahande no podía tolerar la cobardía cometida con su esposo, y aborreciendo a Yancú con toda su alma, comprendía más que nunca que jamás le había querido por ser indigno de su cariño.

El deseo que había tenido, durante los diez días de plazo concedidos a Costa, de que Yancú llegase al campamento gitano para luchar por ella con el jefe, no había sido otra cosa que ansia de que Costa demostrase a su rival que él era el más fuerte y por tanto el que debía quedarse con la mujer.

Porque Sahande había amado a Costa desde el primer momento que le vió; que por algo no compartió la opinión degradante de Yancú cuando le vieron dirigirse hacia la tribu tártara.

El marcado desdén con que ella trató al gitano durante los primeros días, no obedecía a más que a la indignación que le causaba el hecho de saberse comprada precisamente por el hombre que ella hubiese querido que la enamorase y la rindiese por sí mismo y no por su dinero... Extraño caso del corazón femenino.

De modo que Yancú no había sido, desde entonces, más que un medio para aumentar los celos de Costa y estimularle a ganarla para sí.

Era lógico, pues, que la inicua conducta de Yancú dictase a Sahande la determinación de tomar venganza, puesto que se trataba de salvar a su marido y castigar a un miserable que hubiese siempre antepuesto su interés material al amor que le había estado mintiendo.

Cuando huyó del campamento gitano, mientras Yancú y sus hombres maltrataban a Costa, ella se dirigió al encuentro de los gitanos que iban a la feria. Quería alcanzarles rápidamente y avisarles que su

jefe había sido atacado villanamente y asimismo las mujeres que quedaron en el campamento, para ir a vengarle, no equivocándose al suponer que los tártaros se lo habían llevado consigo a la tribu.

Los gitanos, que idolatraban a su jefe, obedecieron a Sahande, que se puso, como reina que era, a la cabeza de ellos; y lanzaron sus cabalgaduras hacia la otra orilla del río.

No tardaron en llegar a corta distancia de las murallas.

Sahande y los gitanos abandonaron sus monturas, y ella les dijo, ordenándoles que se ocultaran:

—Cuando oigáis el disparo de una pistola, atacadlos con vuestros látigos.

Los gitanos se dieron por enterados, y ansiaban castigar pronto a los culpables.

—No olvidéis que son de mi raza—prosiguió Sahande—. Costa no quería que los matásemos... Emplead únicamente vuestros látigos.

Los rostros morenos prometieron fide-

lidad a la orden, y Sahande se alejó de ellos, consiguiendo penetrar en la tribu gracias a la intervención de un niño, que le abrió la puerta correspondiendo a una indicación suya dada desde la mirilla de la misma.

Nadie vió a Zahande, que se deslizó hasta la casa de su padre.

El viejo, cuya nobleza de espíritu habíase conservado íntegramente a través de sus desdichas, abrazó temblando de emoción a su hija; y ésta, tras efusivas caricias, preguntóle por Costa.

—¿Dónde está, padre mio?

—No lo sé, hija mía...—repuso el viejo—. Pero recuerda que eres su esposa. ¿Le has traicionado acaso?

—No, no he olvidado que soy su esposa. ¿Dónde está?

—En el minarete, indudablemente.

Sahande iba a escudriñar todos los rincones hasta encontrar a su marido; pero Yancú, descubriéndola allí, comprendió su intento y trató de impedirselo.

Entonces Sahande, envolviendo en una mirada de desprecio al cobarde, disparó un revólver, y los gitanos aparecieron en las murallas.

Yancú precipitóse a dar órdenes, mientras Sahande subía a libertar a su esposo.

Recias ligaduras imposibilitaban los movimientos de Costa; pero tras enormes esfuerzos Sahande iba a salvarle.

—Te esperaba, esposa mía—le dijo el jefe gitano abrazándola.

Ella, al fin, cedía. Yancú no se olvidaba de ellos. Cuando iban a ponerse en salvo, él se presentó en el minarete y luchó con hajos instintos con su poderoso rival, no pudiendo hacer nada Sahande en auxilio de su esposo.

El usurero Ali sorprendió la lucha, durante la que había caído al suelo una lámpara de petróleo, y lejos de permitir que los combatientes se salvaran del fuego, cerró la puerta, para vengarse de todos.

En tanto, la pelea que sostenían Yancú y Costa adquiría caracteres de tragedia, y

al repeler una nueva agresión criminal de su enemigo, Costa empujó a Yancú enérgi-



—Te esperaba, esposa mía.

camente, cediendo la barandilla de la escalera y cayendo el trovador a la planta baja, en el horroroso fuego.

Sahande no pudo reprimir un grito de

espanto: ¡Qué horrenda muerte se había buscado el cobarde!

El padre de Sahande, tratando de intervenir en favor de su yerno y su lija, sor-



En tanto, la púlea adquiría caracteres de tragedia.
 prendió a Alf al pie de la puerta, temblando ante la magnitud de su mala acción.

—¡Ah, perro! ¿Qué has hecho?

El usurero, murmurando como un beodo, huyó despavorido, y Osman, a pesar de sus deseos de auxiliar a los seres que

más quería, hubo de desistir de su empeño, toda vez que era imposible desafiar el voraz elemento.

La visión de la mezquita envuelta en densas llamas llamó la atención de todos, cuyo asombro alcanzó el grado máximo al ver aparecer en lo alto del edificio a Costa y Sahande.

¿Qué iban a hacer para escapar con vida del fuego?

Costa, audaz y temerario, arriesgóse a saltar a la torre de otro edificio, y Sahande, estimulada por su arrojo, le imitó.

Los pechos de los de abajo se dilataron de alegría.

A poco, Costa, reuniéndose con los suyos, llevando a su lado, como mascota incomparable, a Sahande, ordenóles que recobrasen de los tártaros lo que éstos les habían robado, dispuesto a no hacerles ningún daño. Devolvía el bien por el mal. No había mayor nobleza.

Luego dijo a su mujer:

—Si tu padre desea marcharse de esta

tribu de cobardes, puede venir con nosotros.

Osman le había oído, aceptando, agradecido, la oferta de hospitalidad; pero antes de partir quería saldar un asunto con Ali.

Fue al encuentro del granuja y lo presentó al Consejo de los Ancianos.

—Arranco la puerta del minarete para que no pudieran huir mis hijos del fuego. ¿No está escrito en nuestra ley que el asesino debe repartir sus riquezas entre los pobres?—dijo, inflexible con el desalmado.

—Esa es la ley—falló el Consejo.

Y, sin que le valieran sus lágrimas ni su loca desesperación, Ali fue despojado de todos sus bienes, que fueron repartidos entre los que no tenían nada.

La justicia brillaba en todo su esplendor.

Sahande, abrazada a Costa, el mejor de los hombres, le decía, recordando el peligro que habían pasado juntos:

—Cuando yo era pequeña, mi mayor felicidad consistía en subir a esa torre, y he llegado a creer hoy que ella sería mi tumba.

—Tu muerte habría sido mi muerte, Sahande... Pero nuestro amor ha sido más fuerte. ¿Estás segura de que te amo, amor mío?

—Nunca lo dudé, mi bien...

Y por la puerta de Sulciman volvió a pasar Sahande en compañía de Costa, pero en un estado de ánimo harto distinto del que llevaba la primera vez.

Iba hacia el amor y la gloria...

FIN

COLECCIONE USTED LOS
SUGESTIVOS LIBROS DE LA
BIBLIOTECA

Los Grandes Films

CUYOS TITULOS SON LOS SIGUIENTES:

Los Hijos de Nadie. — El triunfo de la mujer. — El prisionero de Zenda. — El joven Medardus. — Los enemigos de la mujer. — Una mujer de París. — El Corsario. — Para toda la vida. — Cyrano de Bergerac. — De mujer a mujer. — La Hermana Blanca. — El milagro de los lobos. — Paris...!! — Venganza de mujer.

Precio de cada libro: **UNA PESETA**

Teresa de Ubervilles. — Maciste, Emperador. — Lirio entre espinas. — El que recibe el bofetón. — Romula. — Janice Maradith. — El Fantasma de la Ópera. — El trono vacante. — El Caid. — Madame Sans-Gêne. — América. — Cuando las mujeres aman. — El Capitán Blood. — Más fuertes que su amor. — Ella... — Demos-tradas mujeres. — Nobleza baturra. — Cenizas de odio. — El Raja de Dharmagar. — El difunto Matias Pascal. — La marca de fuego. — Los hijos de nadie. — Pescador de Islandia. — La octava esposa de Barba-Azul. — El beso de la victoria. — El Proceso de Nancy Preston. — Justicia gitana

Precio: **50 cts.**

Próximo número: ¡ACONTECIMIENTO!

LA "POUPÉE" DE PARÍS

creación de LIANE DAMITA.

MAGNÍFICO ASUNTO DE AMOR

¡SIEMPRE LO MEJOR ENTRE LO MEJOR!

¡Sea usted telecolectorista de Los Grandes Films!

